




## Apuntes sobre una metafísica del *ens* y el *actus essendi* según Étienne Gilson

Notes On a Metaphysics of *Ens* and the *Actus Essendi* According To Étienne  
Gilson

 **Patricia Carolina Pérez de Catalán**  
Universidad Nacional de Córdoba,  
Córdoba, Argentina.  
[patricia.perez@unc.edu.ar](mailto:patricia.perez@unc.edu.ar)

### Sumario

1. Introducción.
2. Sobre el método, los principios de lo real y su orden
3. Metafísica del ente y del Ser: los principios constitutivos y su alcance
4. Colofón

**Resumen** Gilson entiende, conforme a los principios metafísicos avistados por el teólogo Santo Tomás de Aquino, que, ante el encuentro del hombre en la experiencia sensible con un existente concreto que le es connatural, el intelecto concibe de manera evidente el ente y la esencia; y para evitar errar en la comprensión de la realidad por su ignorancia y aclarar las dificultades que implican, señala la exigencia tanto de dilucidar lo que significan tales nombres, como así también el modo en que se encuentran en los diversos existentes y, no menos importante, la correcta relación con las intenciones lógicas, justamente para evitar confundirlas con lo real.

**Palabras clave:** metafísica; *ens*; *essentia*; *esse*; *ipsum Esse subsistens*

**Abstract:** This article explores the metaphysical principles of Thomas Aquinas as understood by Gilson. When man encounters a concrete existent in sensible experience, the intellect conceives being and essence in an evident manner. However, to avoid errors in understanding reality and to clarify difficulties, it is necessary to elucidate the meaning of key terms and their relationship with logical intentions. This article examines the implications of Gilson's interpretation of Aquinas' metaphysics and its significance for understanding reality.

**Keywords:** metaphysics; being; essence; act of being; self-subsisting Being

## 1. Introducción

En pleno siglo XX, el filósofo e historiador Étienne Gilson procura, con su profundo trabajo de católico intelectual y en gran parte de su profusa obra, acercar para la inteligencia de nuestro tiempo<sup>1</sup>, signado por la convulsión de una violencia de inédita escala global, aquellas verdades que considera debieran conservarse, y no perderse; aquellos principios que con tanto esmero fueron alcanzados por las especulaciones filosóficas y teológicas de la mancomunada tradición antigua y medieval, abocados en sus esfuerzos por su común amor a la Sabiduría,<sup>2</sup> pues su luminosidad es una prístina guía para los hombres que asumen la responsabilidad de dar acertadas respuestas a los desafíos de la cultura actual.

Como avezado estudioso del medioevo, y con su especial atención a las verdades dirimidas en la doctrina del teólogo Santo Tomás de Aquino, espigamos de su enseñanza lo que entendemos son claves que delimitan, a modo de prolegómeno, la cuestión de los principios metafísicos que fundamentan lo real, a la que nos ceñiremos en nuestro trabajo.

Según nos remite nuestro pensador,<sup>3</sup> el fraile dominico señala el fin propio de la vida del hombre en la excelsitud de la vida contemplativa, y por lo tanto, dedicarla a buscar la Sabiduría es su perfección y lo más sublime, de máximo provecho y alegría.<sup>4</sup> Asimismo, nos indica que su objeto primero es la verdad divina, verdad manifiesta, no obstante, en una doble vertiente, aquella del Dios trascendente que, por tal, se revela a Sí mismo al hombre, quien aspira, a su vez, a su contemplación definitiva. Su verdadero nombre, asevera el Angélico, es Jesucristo, pues Cristo es la Verdad:

Por esto, la Sabiduría divina encarnada declara que vino al mundo para manifestar la verdad:<sup>5</sup> ‘Yo para esto he nacido y he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad’ (Ioh 18, 37).<sup>6</sup> Y el Filósofo determina que la primera

---

<sup>1</sup> “*Rien de plus vexant pour le pauvre érudit que de se voir battu sur son propre terrain par des armes discourtoises : l’intelligence et l’esprit. Car c’est toute la question*”, en Étienne Gilson, “Chesteron, le Moyen Âge et la Réforme”. Sept, n° 3, 17 mars 1934, 3. Cfr. Étienne Gilson, *Un philosophe dans la cité. 1908-1943. Oeuvres Complètes I*, textes présents et annotés par F. Michel, (Paris: J. Vrin, 2019), 484.

<sup>2</sup> Cfr. Étienne Gilson, *El Amor a la Sabiduría* (Buenos Aires: Ediciones Otium, 1979), 95.

<sup>3</sup> El presente escrito reformula en parte nuestro artículo Patricia Carolina Pérez de Catalán, “El *actus essendi* en la doctrina de Santo Tomás según Étienne Gilson”, *Cuadernillo XLVII Semana Tomista. Congreso Internacional: El legado de Tomás de Aquino a setecientos años de su canonización*, 47, (2023)

<sup>4</sup> Cfr. Tomás de Aquino, *Suma Contra los Gentiles I*, c. 2, trad. Fr. J. M. Pla Castellano O.P. (Madrid: BAC, 1970).

<sup>5</sup> Por la sabiduría de Dios son manifestados los arcanos de la Divinidad, son producidas las obras de las criaturas, y son restauradas y perfeccionadas con aquella perfección que alcanza su fin, cfr. Tomás de Aquino, “Prólogo de Santo Tomás”, en *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo L I*, ed. J. C. Cruz (Pamplona: Eunsa, 2004). Jesucristo enseña que el conocimiento que nos hace bienaventurados se ancla en dos verdades: La Divina Trinidad y la Humanidad de Cristo. “*Christi humanitas est via qua ad Divinitatem pervenitur*”, cfr. Tomás de Aquino, *Compendio de Teología L. I*, c. 2, a. 3, trad. J. I. Saranyana y J. Restrepo Escobar, (Madrid: Rialp, 1980).

<sup>6</sup> Étienne Gilson lo expresa así: “Por la encarnación Dios se ha hecho hombre, es decir que las dos naturalezas, la divina y la humana, se han encontrado unidas en la persona de Cristo. Lo que es menos conocido, incluso para aquellos que adhieren a este misterio por la fe, es la asombrosa transformación que introduce en la naturaleza entera y, en consecuencia, en la manera en la cual debemos concebirla en lo sucesivo. Debería decirse más bien: las asombrosas transformaciones, porque este misterio incluye tantos otros que nunca

filosofía es *la ciencia de la verdad*, y no de cualquier verdad, sino de aquella que es origen de toda otra, de la que pertenece al principio del ser de todas las cosas. Por eso su verdad es principio de toda verdad, porque la disposición de las cosas respecto de la verdad es la misma respecto del ser.<sup>7</sup>

En consecuencia, la más elevada perfección a la que el alma puede aspirar consiste en que en ella se inscriba el orden total del universo y sus causas; tal su último fin, “que (...) consistirá en la visión de Dios; porque, como dice San Gregorio, *¿qué puede haber que no vea, quien ve al que todo ve?*”.<sup>8</sup>

## 2. Sobre el método, los principios de lo real y su orden

Presupuesto lo dicho hasta aquí, y con miras a una mejor comprensión de los principios fundamentales alumbrados por el *philosophans theologus*, Étienne Gilson nos brinda tres consejos<sup>9</sup> que reflejan el acabado orden en que, de modo explícito a su entender, son resueltos en su doctrina, a saber:

1. En vista de Dios revelado, principio y fin último trascendente de la creación al que el Angélico reconduce todo, principalmente entender la naturaleza del método con que la Sacra Teología se sirve de la filosofía: “*Philosophia ancilla theologiae*”.<sup>10</sup>

Brevemente, Santo Tomás explica los principios, las ciencias y su orden del siguiente modo: toda ciencia se encuentra contenida virtualmente en sus principios; aquellos descubiertos por la luz natural del intelecto son o conocidos por sí mismos o, por el contrario, remitidos a los de una ciencia superior, más universal y abstracta, y a los que se reduce, de manera que a su luz son

---

terminaríamos de considerar sus consecuencias (...) A partir del momento en que la naturaleza humana es asumida por la naturaleza divina en la persona de Cristo, Dios no sólo domina y gobierna la naturaleza como Dios, sino también como hombre (...) sabemos que la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo; que sus fieles son los miembros de ese cuerpo místico (...) por tanto, en cuanto miembros de Cristo todos los fieles son sacerdotes y reyes (...) Hay por tanto, ya desde ahora, en cada cristiano, como una imagen e incluso como una participación de ese misterio supremo: la humanidad divinizada por la gracia, revestida, en su propia miseria, de una dignidad sacerdotal y real a la vez, que constituye el misterio del hombre cristiano”, Étienne Gilson, “La inteligencia al servicio de Cristo Rey”, en *El amor a la sabiduría* (Buenos Aires: Otium, 1978), 70-71. En este sentido, es digno de mención la elaboración minuciosa que realiza Nemesio Agustín Yaccuzzi, *Y Ustedes, ¿quién dicen que Yo Soy?: Una aproximación a la estructura metafísica de la persona de Jesucristo nuestro Señor* (Córdoba: Advocatus, 2020). En este texto Yaccuzzi redirecciona su análisis a la Persona de Jesucristo, Dios y Hombre Verdadero, fundamentado paso a paso en las cuarenta y siete tesis tomistas del ser seleccionadas por Étienne Gilson en *Elementos de una metafísica tomista del ser*, incluido en dicha obra. Cfr. también Étienne Gilson, “*Éléments d’une métaphysique thomiste de l’être*”, en *Archives d’histoire doctrinale et littéraire du moyen âge* 40 (Paris: J. Vrin, 1973), 7-36.

<sup>7</sup> Tomás de Aquino, *Suma Contra los Gentiles* I, c. 1. La ciencia del ser sabe de lo verdadero, pues se identifica con el ser. Así las ciencias filosóficas tratan de todos los seres, incluso de Dios, cfr. Tomás de Aquino, *Suma Teológica* I, q. 1, a. 1, trad. L. Castellani S.J. (Buenos Aires: Club de Lectores, 1988). La ciencia superior que lo abarca todo se llama Filosofía primera, cfr. Tomás de Aquino, *Compendio de Teología* L. I, c. 22, a. 46.

<sup>8</sup> Tomás de Aquino, *De Veritate* II, 2, c. trad. H. Giannini y Ó. Velásquez. (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1996).

<sup>9</sup> Cfr. Étienne Gilson, *Elementos de Filosofía Cristiana*, trad. A. García-Arias (Madrid: Rialp, 1970), 10.

<sup>10</sup> Según el cual se edificó toda la especulación latina de occidente cristiano. Cfr. José Ramón Pérez. *Discurso del Método Medieval: Amor y Verdad IV*. 2º ed. corregida y aumentada (Córdoba: Del Copista, 2000), 15. Cfr. Étienne Gilson. *El filósofo y la teología*, trad. G. Torrente Ballester (Madrid: Guadarrama, 1962).

fundamentadas sus conclusiones.<sup>11</sup> En tanto Dios es el creador del universo existente, ordenó el fin de la vida del hombre hacia Sí mismo; más ello implica su ser trascendente a la creación, de modo que lo excede en su capacidad razonante, y no obstante debe serle proporcionado. Fue, pues, necesario para su salvación que por revelación divina por luz sobrenatural le descubra las realidades y principios que sobrepasan su razón. Así, la fe en la revelación de Dios, dada por su Gracia, es principio indispensable de verdad. Por consiguiente, la sagrada teología, en cuanto ciencia según la pauta de la revelación divina que enseña las verdades de Dios, es necesaria. De igual modo, para que la salvación llegara a los hombres más conveniente y ciertamente fue preciso que sean instruidos por revelación divina incluso en aquellas verdades de Dios que puede por sí misma alcanzar la razón, pues pocos, con dificultad, y con mezcla de error llegan a ellas, de cuya cognición depende toda la salud del hombre, la cual le viene de Dios. Según lo dicho, la teología sagrada parte de los artículos de la fe; ella no argumenta para probar sus principios sino para demostrar otras verdades, como toda ciencia. Sin embargo, y muy importante, difiere en género de la teología natural, que es parte de la filosofía y corona la metafísica; luego, y precisamente por eso, no incordia que trate lo que ella, en cuanto ciencia superior y más noble, y esto en un doble sentido a tener en cuenta: **a.** sea especulativamente, tanto por la certidumbre de la luz de la ciencia divina infalible, pero no así la luz natural de la razón humana falible, tanto como por la dignidad de su objeto, que la trasciende; **b.** sea prácticamente, pues ordena al fin último, que consiste en la felicidad eterna. A la vez, como la gracia perfecciona la naturaleza, no la destruye, resulta muy conveniente que la razón natural sirva a la fe. De este modo, la teología sagrada se sirve de la filosofía para hacer más comprensible lo que enseña, no porque lo necesite, ni por defecto o incapacidad, sino por la fragilidad del entendimiento humano, que, de las cosas que conoce por la luz natural, de la cual proceden las otras ciencias, es elevado con mayor facilidad a las realidades superiores, que son el objeto de esta ciencia.<sup>12</sup>

Por esto, observa nuestro filósofo, en la doctrina del Angélico encontramos que en cuanto desea conocer la realidad por su causa primera, que es Dios, el hombre desea naturalmente, como fin último, conocer a Dios, de modo que el fin último de la metafísica es el mismo que el fin último del hombre. Lo que así renueva profundamente la metafísica, cuestión de suma importancia, es la presencia, por encima de la teología natural, de una teología más alta, que es la ciencia de Dios conocido por revelación.<sup>13</sup>

De la misma forma que para el hombre no hay mayor honor que servir a Dios, así no hay honor más grande para la filosofía y la ciencia que servir como esclavas de la teología. Pero [nos advierte] hemos olvidado el más noble significado de la palabra *sabiduría*. De hecho, hemos perdido la verdadera

<sup>11</sup> Cfr. Tomás de Aquino, *Suma Teológica* I, q. 1, a. 2, r. y a. 7, r.

<sup>12</sup> Cfr. Tomás de Aquino, *Suma Contra los Gentiles* I, c. 3 y c. 9 y Tomás de Aquino, *Suma Teológica* I, q. 1, a. 1, ad. 2 y r.; a. 2, r.; a. 5, ad. 2 y r.; a. 8, ad. 2 y r.; a. 9, r.

<sup>13</sup> Cfr. Étienne Gilson. *El ser y los filósofos*, trad. S. Fernández Burillo, (Pamplona: Eunsá, 1979), 235. Cfr. Tomás de Aquino, *Suma Teológica* I, q. 1, a. 3, ad. 1; a. 2, r.

noción de teología, y la metafísica en lugar de sucederle en su real título, se ha perdido al mismo tiempo.<sup>14</sup>

El principio reza: “*Una ciencia de lo real para cada orden de lo real*”. Toda vez que se aborda un problema con método equivocado, se lo falsea, concluyéndose entonces que no hay allí cuestión que resolver.<sup>15</sup> Razón por la cual, afina Gilson, *Fides quaerens intellectum* es el principio rector de la especulación teológica del Aquinate, que, como único método seguro, toma a la Revelación como guía, en vista de alguna inteligencia de su contenido, es decir, la filosofía misma<sup>16</sup>. “Todo en ella es religioso, el origen, el medio y el fin, y, sin embargo, la razón es ella misma más que nunca”.<sup>17</sup>

2. La vida contemplativa considera las obras del Dios Creador en sus principios constitutivos reales.<sup>18</sup> Mas, la metafísica, como la ciencia de los primeros principios de todo lo real, lo es de la ciencia entera. Por ello advierte Santo Tomás la gravedad en su yerro.<sup>19</sup> Y, agrega Gilson, dado que en su mayoría los metafísicos desacuerdan debido primeramente a los diferentes planos de la realidad sobre la que se interrogan,<sup>20</sup> mas no a alguna deficiencia en la definición de las ideas, o a alguna inconsistencia en la argumentación, se torna entonces imprescindible, tal como dice Tomás, elucidar con exactitud lo que es el ser, cuya noción vislumbrara el teólogo medieval a partir del *Yo Soy el que Soy* del Éxodo 3,14,<sup>21</sup> como asimismo sus derivaciones en la doctrina de los trascendentales.

3. Por último, es conveniente dirimir sus implicancias en la diversidad de asuntos filosóficos en relación con Dios y sus creaturas, solventando cualquier posible error al respecto.

<sup>14</sup> Gilson. *Elementos de Filosofía Cristiana*, 44. Para esclarecer lo inteligible del contenido revelado, la metafísica “sólo siendo verdadera puede servirle como instrumento”, Blanca del Valle Avellaneda, *Meditación cristiano-metafísica* (Córdoba: Ediciones del Copista, 2006), 15.

<sup>15</sup> Cfr. Étienne Gilson, *El realismo metodico*, trad. V. García Yebra (Madrid: Rialp, 1963), 139; cfr. Étienne Gilson, *La unidad de la experiencia filosófica*, trad. C. A. Balañas Fernández (Madrid: Rialp, 1960), 114-115.

<sup>16</sup> Cfr. Étienne Gilson, *El Espíritu de la filosofía medieval*, trad. R. Anaya (Buenos Aires: Emecé, 1952), 16.  
<sup>17</sup> Étienne Gilson, *El Tomismo. Introducción a la filosofía de Santo Tomás de Aquino*, trad. F. Múgica Martinena (Pamplona: Euns, 1978), 65. Cfr. Gilson, *El filósofo y la teología*. Leemos a Gilson en Yaccuzzi, *Y Ustedes, ¿quién dicen ...*, 173-175: “Esta metafísica del ser está admirablemente adaptada a la teología de la revelación cristiana (...) Tomás de Aquino (...) era verdaderamente un teólogo. Su teología era la del Dios del Éxodo cuyo nombre es *EST*. La naturaleza tal como él la concibe está hecha de entes de los cuales los que están dotados de conocimiento están en camino hacia la visión beatífica del Ser; incapaces de obtenerla por ellos mismos, su naturaleza es sin embargo tal, que puede ser capacitada por la gracia, de la cual es precisamente la función: «la misma gracia es la disposición de la naturaleza a la gloria». Tal la pieza maestra (...): la creación por Dios de un ser inteligente y capaz de conocerlo, pero incapaz de actualizar este conocimiento sin la gracia”.

<sup>18</sup> Cfr. Tomás de Aquino, *De los principios de la naturaleza*, trad. J. A. Míguez (Buenos Aires: Ediciones Aguilar, 1977); cfr. Étienne Gilson, *Las constantes filosóficas del ser*, trad. J. R. Courrèges (Pamplona: Euns, 2005), 50-51.

<sup>19</sup> Cfr. Santo Tomás, “Proemio”, en *Del ente y de la esencia*, trad. Mons. L. Lituma P. y A. Wagner de Reyna (Buenos Aires: Editorial Losada, 1940), 11.

<sup>20</sup> Cfr. Gilson, *Elementos de Filosofía Cristiana*, 118.

<sup>21</sup> Étienne Gilson, Diffusée le 24 nov., 1999, à 17h., Radio Ville Marie, Montréal; published in print as “Étienne Gilson”, *Penseurs et Apôtres du XXme. Siècle*, in J. Genest (ed.), (Montréal: Fides, 2001), 170-182.

No obstante los tres puntos esgrimidos en detalle por Gilson, los resume de modo escueto cuando afirma que la puerta de acceso a la doctrina del Aquinate incardina en dos bisagras claves: su recta noción metafísica de ser, articulada con una correcta noción del Dios cristiano.<sup>22</sup>

### 3. Metafísica del ente y del *Ser*: los principios constitutivos y su alcance

Apuntadas entonces sus cautelosas recomendaciones, concentramos la mirada en el orden metafísico buscando indagar ciertas claves que allí destaca nuestro autor.

Para ello se requiere retomemos de su mano lo que indicara Santo Tomás sobre aquello primero concebido en el conocimiento humano.

Según lo expone, ante el encuentro del hombre en la experiencia sensible con un existente concreto que le es connatural,<sup>23</sup> el intelecto concibe de modo evidente el ente y la esencia; y para no errar por su ignorancia y aclarar las dificultades que implican, señala la exigencia tanto de dilucidar lo que significan tales nombres, como así también el modo en que se encuentran en los diversos existentes y, no menos importante, la correcta relación con las intenciones lógicas, justamente para evitar confundirlas con lo real.<sup>24</sup>

---

<sup>22</sup> Cfr. Gilson, *Elementos de Filosofía Cristiana*, 10; cfr. Tomás de Aquino, *Suma Contra los Gentiles* I, c. 1, c. 2 y c. 4; III, c. 27. Precisamente, por propia y personal experiencia en este asunto, por ya madura, con la humildad fruto inevitable de quien es veraz, del que sabe lo dificultoso del trastabillar humano en su fatigoso arar en pos de la verdad, no escandaliza cuando de sí mismo confiesa, a modo de advertencia, la turbación comprobada que le causaba, transcurrido casi un cuarto de siglo, haber leído y enseñado *por sí misma* “la doctrina de Santo Tomás (...) sin haber comprendido el verdadero sentido que para él tenía la noción de ser, de la que, en filosofía depende todo”, Gilson, *El Filósofo y la Teología*, 17. Y agrega: “Por tanto, se traicionaría doblemente su pensamiento reduciendo su teología a una filosofía y ésta a una metafísica del acto de ser. Sin embargo, la teología de Tomás de Aquino parece contener los elementos de una metafísica del acto de ser (...) por qué no la ha constituido: él quería una exposición de la verdad de la fe capaz de satisfacer a todos los filósofos” (Yaccuzzi, *Y Ustedes, ¿quién dicen ...*, 170).

<sup>23</sup> “Como el principio del conocimiento de una cosa determinada es la de su substancia, pues la ‘esencia’, dice el Filósofo, es el principio de demostración, el modo con que sea entendida la substancia de un ser será también el modo de todo lo que conozcamos de él. (...) el conocimiento en esta vida tiene su origen en los sentidos y, por lo tanto, lo (...) aprehendido por el entendimiento humano, (...) en tanto es deducido de lo sensible”, Tomás de Aquino, *Suma Contra los Gentiles* I, c. 3. El conocimiento del hombre, advierte Tomás, tiene principio a partir de los sentidos, de modo tal que por naturaleza el hombre se eleva a las cosas inteligibles por medio de las sensibles, por conocimiento indirecto, según la relación del efecto a la causa y la analogía del ser, cfr. Tomás de Aquino, *Suma Teológica* I, q. 1, a. 9, r. También: “(...) la razón significada por el nombre es lo que el entendimiento concibe de la cosa y expresa por la palabra: por lo tanto lo que cae primero en la concepción del entendimiento, es primero según razón. Pero el ente cae ante todo en la concepción intelectual; porque en tanto una cosa es cognoscible, en cuanto es en acto, como dice Aristóteles (*Met.* I. 9, text. 20). Donde se ve que el ser es el objeto propio del entendimiento, y por lo mismo el primer inteligible (...) porque según el primer acto una cosa se constituye ente a secas” (Tomás de Aquino, *Suma Teológica* I, q. 5, a. 2, r., ad. 1).

<sup>24</sup> Cfr. Tomás de Aquino, “Proemio”, en *Del ente y de la esencia*, 11. Cfr. también Gilson, *El realismo metódico* y Étienne Gilson, *Realismo Tomista y crítica del conocimiento*, trad. C. Jacobo (Córdoba: Ed. Lectio – Alfa, 2023), obras ambas en que se analiza el realismo crítico, al que llama “teratología metafísica” en la última, a su entender fruto de un excesivo concordismo filosófico asumido en ciertos ambientes escolásticos contemporáneos, cuando no revestidos algunos en la aparente uniformidad de “divertido disfraz”, que exige imbricar cartesianismo y kantismo con el tomismo, esclareciendo así la incompatibilidad metafísica entre el realismo objetivo y metódico greco-medieval, al que suscribe, con el idealismo subjetivo inaugurado por la modernidad, ya sea en los principios como en el método, porque involucra inexorable

En consonancia con el teólogo medieval, el filósofo francés suscribe en el conocimiento la evidencia primera del ente.<sup>25</sup> Pero sujeto a aquellas mismas precisiones y en razón de ello, recalca que el *quid* que debe considerar inexorablemente un filósofo hoy es la elección que haga de sus propios principios filosóficos, pues en ellos se resolverán todos sus planteos. Y enfatiza: “El principio de los principios es que un filósofo debería siempre poner como lo primero en su mente, lo que es primero en la realidad”,<sup>26</sup> por cuanto su presencia o ausencia entraña la realidad de todo lo demás, incluso a pesar de no ser de fácil acceso para el entendimiento humano. Porque sin pasado ni futuro, se trata de lo que “*es*, esto es, es *el ser*, y su verdad no puede ser probada, solo puede verse, o ser pasada por alto (...) [Ello constituye] una invitación a mirar y ver”.<sup>27</sup> Esta filosofía del sentido común<sup>28</sup> invita no a concluir, sino a comenzar por afirmar la existencia efectiva del objeto. Así, llega a entrever, con aguda lucidez, una dificultad escasamente esclarecida, aunque a su entender diversamente repetida en la historia, pues advierte que el ser suele escabullírsele al intelecto del metafísico que lo examina. Y lo justifica apelando a dos razones que procuraremos desglosar de manera sucinta.

## 1. El objeto de la metafísica

En primer lugar, Gilson dirige su mirada al objeto propio de la metafísica.

Repara de esta manera, con detenimiento, en la complejidad que es el ente, el *esse habens*, por la composición real de sus co-principios constitutivos principales: *essentia*, esencia, y *esse*, acto de ser. Con las fórmulas *forma dat esse*, la forma da el ser, y *esse consequitur formam*, indica que el ser sigue a la forma, lo cual significa que donde no hay forma no hay nada.<sup>29</sup> Precisa así que la forma, acto del orden de la esencia o sustancia, y el *esse* o existir, orden del

---

contradicción, y aunque psicológicamente resulte posible sostenerlo, lógicamente es imposible, pues son esencias filosóficas incompatibles.

<sup>25</sup> Gilson, *Las constantes filosóficas del ser*, 23: “A la pregunta: ‘¿Qué es un ente’, Santo Tomás contesta: es un ser-habiente (*habens esse*). Este ejemplo clásico de simple aprehensión es el resultado de un largo y complicado esfuerzo de análisis que conduce al juicio: un ente es lo que tiene el ser (...); el contenido de la simple aprehensión y el del juicio es el mismo aunque diversamente formulado”. Resulta sumamente importante, luego de un prolongado tiempo de estudio en torno al asunto, y su preocupación por el sentido y alcance real de los términos y sus límites, su aclaración en el prólogo de la sexta edición del *Tomismo*, donde explica que el término *esse* o acto de ser, en vez del de “existencia”, remite plena fidelidad a su doctrina: “Lo que inquieta (...) es la idea de las ignorancias y errores que pueden corromper todavía la interpretación de una doctrina en el pensamiento de un historiador que ha cultivado su estudio sesenta años (...) Al envejecer, el historiador debe haber aprendido, al menos, la modestia en lo que concierne a su propio pensamiento y la indulgencia en lo que respecta al de los demás (...) La de un genio tan grande como Santo Tomás quizá no se deje nunca penetrar totalmente (...) Si lo escribiera hoy, este libro hablaría sin escrúpulo del *ente* (*ens*) y el del *ser* (*esse*); se seguiría tratando del ser y con menos frecuencia de la existencia” (Gilson, *El Tomismo*, 9-11).

<sup>26</sup> Gilson, *El ser y los filósofos*, 16.

<sup>27</sup> *Ibid.*, 17.

<sup>28</sup> Cfr. Gilson, *El Realismo Metódico*, 177: El sentido común no es una filosofía, pero la sana filosofía en él se apoya y le posibilita asimismo revisar el sentido común mal informado. Tal el proceder de la ciencia, que no es crítica de aquél, sino de sus tentativas de aproximación a lo real. Más aún. La capacidad inventiva del sentido común en el uso metódico de sus recursos es atestiguado por la historia de la ciencia y de la filosofía, de modo que deben ser criticadas las conclusiones a las que arriba porque eso es invitarlo a seguir siendo lo que es, y no a su desacreditación.

<sup>29</sup> Gilson, *El ser y los filósofos*, 258.



acto de ser, son dos actos que operan recíprocamente por ser principios o causas de órdenes distintos, y, no obstante, constitutivos de un mismo y único ser real, cada ente. Lo cual se justifica por una recíproca relación de acto y potencia, pero no bajo el mismo respecto cada vez:

(...) aunque la existencia [*esse*] es la actualidad suprema de cualquier sustancia existente, no es acto con respecto a todo lo que hay en la sustancia. Si la forma es suprema en su propio orden, la existencia [*esse*] no puede ser el acto de la esencia *qua* esencia. En otras palabras, la existencia [*esse*] no monopoliza toda la actualidad de la sustancia existente. Más bien, así como la esencia está en potencia en cuanto al acto de su propia existencia [*esse*], así también el acto de la existencia [*esse*] está en potencia al acto formal de su propia esencia. Si la actualidad existencial [*esse*] es superior a la actualidad formal, la razón de ello es que la entraña de la realidad es la existencia [*esse*].<sup>30</sup>

En su lectura diestra del Aquinate, la clave metafísica es entender que no todo acto es forma, y que, como tal, ella es un acto que todavía permanece en potencia para otro acto que la actualiza no en cuanto esencia, sino que la hace ser o existir, el *esse*, acto supremo de lo real. Nuestro autor lo aclara así:

(...) la forma sigue siendo lo supremo en el orden de la sustancia, en su propio ser de forma y en su propia actualidad formal. Si la forma requiere aún y aún ha de recibir un complemento de actualidad, esa actualidad complementaria no podrá pertenecer al orden de la actualidad formal, sino que pertenecerá a un orden completamente diferente, al de la actualidad existencial [*esse*].<sup>31</sup>

Sin embargo, replica Gilson de modo análogo al teólogo medieval, no siendo forma, como acto del ente, el *esse* actúa formalmente respecto de la esencia.

El disociar las nociones de forma y de acto, complementando las de causa formal y causa eficiente, donde ser es supremamente actuar y tender, y fundamento a su vez incluso de todo devenir,<sup>32</sup> es, precisamente, la perla del erario tomasiano.

*El acontecimiento filosófico más importante que se haya producido desde el fin de la filosofía griega es, probablemente, la distinción introducida por Santo Tomás de Aquino entre dos órdenes de actualidad, el de la forma, que corresponde a la especificación de los seres, y aquél del esse, que corresponde a su existencia,*<sup>33</sup> [al punto que lo considera] (...) todavía hoy, la mayor contribución que jamás ha hecho un hombre a la ciencia del ser.<sup>34</sup>

<sup>30</sup> *Ibid.*, 254. El término [*esse*] es nuestro.

<sup>31</sup> *Ibid.*, 253. El término [*esse*] es nuestro.

<sup>32</sup> Asimismo, esta doctrina asume la forma como principio constitutivo de los entes, siendo el fundamento de las naturalezas existentes tan variadas, lo que explica, en cuanto principio activo, la riqueza de la operatividad causal natural. Cuestión que, por otra parte, advierte Gilson, es totalmente desdibujada por la conciencia histórica moderna en lo sucesivo.

<sup>33</sup> Raúl Echaurren, *El pensamiento de Étienne Gilson* (Pamplona: Eunsá, 1980), 18. Étienne Gilson, "Maimonide et la Philosophie de l'Exode". *Medieval Studies*, n° 13 (1951): 223.

<sup>34</sup> Gilson, *El ser y los filósofos*, 259.



Ahondando un poco más aún, el acto de ser aquí es entendido principio de subsistencia de la forma de la esencia, de modo que en todo ente su esencia subsiste por su acto de ser, *esse*. “Lo que nos hace difícil apreciar la diferencia es precisamente que ambas –causas– se resuelven en uno y el mismo efecto, a saber, *un ser* (un ente)”.<sup>35</sup> Justamente, lo que Gilson refiere crucial es que el ente participa del ser, *esse*, pero porque no es el ser, *esse*. Así, el ente siempre *tiene* el ser, *esse*, pero sin serlo, porque nunca es su mismo ser, *esse*, es decir, en todo ente su esencia, sea que se trate de una forma simple o compuesta con materia, no se identifica con su acto de ser.

De este modo, concebido ahora en su profunda originalidad principio de individualidad<sup>36</sup>, el acto de ser, *esse*, hace indivisible al ente y distinto de otro, es decir, único, a diferencia de aquel otro principio de individuación, por la presencia de la materia signada en las sustancias cuyas esencias son compuestas y que divide en individuos a la especie.

De ello se desprende una cuestión muy importante. Pues,

(...) dentro de una especie, cuya quiddidad es la misma para todos, cada ser es una individualidad distinta. Es distinto, en primer lugar, de cualquiera otro ser que pertenezca a la misma especie, y en segundo lugar es distinto de su propia quiddidad, puesto que su ser le pertenece sólo a él, mientras que su quiddidad es la misma para todos los miembros de la misma especie. De este modo, la composición es real (...) y la distinción es también real.<sup>37</sup>

Pero, además, el alcance de la doctrina del ente así asumida remonta, en su intrínseca exigencia, hacia un orden de ser que lo justifique en cuanto tal. Porque como el ente no es el ser, pero lo tiene, en tercer lugar, su individualidad lo hace distinto del mismísimo Ser, por el que es participado. Y lo expone del siguiente modo.

La esencia no es el estar siendo, *esse*, del ente; ella se encuentra en potencia en relación con él, o está siendo causada o puesta en el ser, como esencia del ente, por su ser, *esse*, por lo que este es su acto, aunque no en cuanto acto de la esencia o acto formal.

Conforme lo expuesto, el ente es afirmado por la inteligencia como un principio análogo, a partir del cual se alcanza a dilucidar propiamente la causa eficiente. “El resultado técnico de la reforma tomista de la metafísica (...) ha efectuado una clara comprensión de la naturaleza específica de la causalidad eficiente”.<sup>38</sup> Consecuentemente, encontramos aquí asimilado lo afirmado por el propio Tomás cuando dice:

Dios es su propio ser (...); luego el ser le conviene por esencia, en tanto que no conviene más que por participación a los demás seres. Pues no hay ningún

<sup>35</sup> *Ibid.*, 258.

<sup>36</sup> Martínez, J. (2024). “Una recepción heterodoxa de Tomás de Aquino de la teoría del alma aristotélica”. *Scripta Mediaevalia*, 17(2), 16.

<sup>37</sup> *Ibid.*, 255.

<sup>38</sup> *Ibid.*, 250.

otro ser cuya esencia sea su propio ser, porque el ser absoluto y subsistente por sí mismo debe necesariamente ser único (...) Por tanto, Dios es necesariamente la causa de la existencia de todo lo que es.<sup>39</sup>

Sólo Dios es su propio ser por esencia y, soberanamente perfecto, se basta a sí mismo porque no necesita de otro para ser lo que es; por participación son los demás seres, perfectos en razón de la medida de esta participación, pues en ningún otro ser su esencia es su propio ser. El ser absoluto y subsistente por sí mismo, en la intensidad<sup>40</sup> de su acto de ser es la misma eternidad; necesariamente único, es causa de la existencia de todo lo que es.<sup>41</sup>

Y Gilson lo demuestra según los mismos principios del ente formulados. Por cuanto nada de la esencia da razón de su acto, *esse*, ella no causa, como causa eficiente, su ser. Así, en la estructura del ente se revela una contingencia radical: no puede causarse a sí mismo, mas, si existe, es por otro. Como todo ente y todo lo del ente lo es por su acto de ser, *esse*, que no se identifica con su ser *un ente*, el hecho de que exista exige necesariamente una causa de ello. Justamente, la contingencia constitutiva del ente es en relación con su causa, que lo trasciende, porque no siendo un ente, es el mismísimo Ser.

Cabe, no obstante, una aclaración más, y de profunda significación metafísica.

El hecho de su radical contingencia no priva al ente de su solidez real o metafísica, porque el ente, considerado en sí mismo, una vez que es, lo es plenamente, pues el acto de ser, *esse*, le corresponde con plenitud, ya que no es nada sino, precisamente, ente; sin él no sería ente; y el alcance de esta afirmación penetra más aún con su luz, pues en la esencia no hay nada que dé razón de que siendo, pueda dejar de ser. Porque si la “existencia no tiene raíz ni siquiera en las cosas actualmente existentes”,<sup>42</sup> esto es, en los entes su esencia

<sup>39</sup> Tomás de Aquino, *Compendio de Teología* L. I, c. 68, a. 117. Cfr. Gilson, *Elementos de Filosofía Cristiana*, 144-146.

<sup>40</sup> Para encontrar luz sobre lo que nuestro filósofo entiende respecto de esta precisa cuestión y su relevancia, remitimos a Étienne Gilson, “Virtus essendi”. *Medieval Studies*, n° 26 (1964): 1-11. Allí refiere lo formulado por L. B. Geiger O.P. en *Philosophie et spiritualité* (París: Ed. du Cerf, 1963), retomando la problemática de una suerte de *intensidad creciente* o de perfección, del tipo cualitativo, del *actus essendi*, a lo que Gilson remite, para explicarlo en la doctrina de Santo Tomás, a Dionisio en su tratado de *Noms divinis*, en la cual Dios es *ipsius quod est esse virtutem*. En cuanto solo Dios, cuya esencia formal es precisamente el *esse*, en su pura actualidad formal de ser puro, es el mismo Ser subsistente, único y separado, sin limitación o cualificación, puro y simple, e interpreta originalmente Tomás que tiene *totam virtutem essendi, esse secundum totum suum posse*, a diferencia de las creaturas, los entes, que lo tienen participado según la limitación de sus esencias. Así, Gilson aclara que *virtus y posse* refiere aquí la esencia formal de la realidad en cuestión, distanciándolo, entre otras cosas, de la *dunamis* griega. Ello confluente a diferenciar el orden propio de la metafísica del de la física, con el que, por errores de interpretación o discernimiento de los principios metafísicos, suele confundirse. “El ente (*ens*) puede ser medido; es más o menos según los grados de perfección de su esencia, pero el ser (*esse*) en virtud del cual es un ente, es o no es, sin grados posibles. Tomado en sí, como acto formal de la esencia pero allende la esencia, el *esse* es extraño a la cantidad, al más o menos, al movimiento y al tiempo, y con mayor razón, al devenir. No pudiendo comenzar más que por creación, no puede terminar sino por aniquilación”, por quien es el Ser, en *ibid.*, 9, (La traducción es nuestra). En el orden del ser el *esse*, en tanto actúa las formas, ejerce una potencia activa y su actualidad tiene un resultado: el existir actual, pero este resultado se debe primero a la naturaleza del ente, cuya esencia incluye la capacidad de existir.

<sup>41</sup> Cfr. Tomás de Aquino, *Suma Teológica* I, c. 44, a. 1, r. Cfr. Blanca del Valle Avellaneda, *Meditación acerca de los seres naturales* (Córdoba: Ediciones del Copista, 2008), 155.

<sup>42</sup> Gilson, *El ser y los filósofos*, 241.

no explica su acción de estar siendo, no hay, porque no puede haberlo, en el mismo ente ninguna posibilidad para no ser; por lo tanto, reafirmado nuevamente aquí, dar el ser o quitarlo compete sólo al Ser.

Al respecto dice nuestro autor:

Creo que éste es uno de los puntos más difíciles de captar en toda la metafísica de Tomás de Aquino, puesto que aquí se nos invita a concebir las creaturas como siendo, a la vez, indestructibles en sí mismas y totalmente contingentes en su relación con Dios.<sup>43</sup>

Según lo explicita nuestro filósofo, este es el regalo irrevocable del Ser al ente. El ente

(...) no goza del ser un momento en el tiempo. Su duración no es una cadena de actos instantáneos de existir, cada uno de los cuales haya de salvar un infinitesimal hiato de nada. El ser de la verdadera sustancia es completo y, porque lo es por su propia naturaleza, no es un regalo tal que necesite ser renovado a cada momento. Dios no está eternamente ocupado en regatearles la existencia a los seres, ni las sustancias la están solicitando a cada momento. El regalo de la existencia es irrevocable cuando se les concede a los seres que, por lo que respecta a ellos mismos, son incapaces de perderla.<sup>44</sup>

Todo lo cual comporta juntamente el reconocimiento del hombre ante el misterio insondable de la actualidad de lo que *es*, *esse*, llevado máximamente hacia el Ser, que es soberanamente perfecto, cuya *Essentia*, Esencia, es su *Esse*, Acto de Ser que, en cuanto simple, es *Purum Esse Subsistens*, su Causa Eficiente.<sup>45</sup>

## 2. La inteligencia del metafísico

Ante la dificultad que testimonian los ejemplos en la historia de los filósofos a los que se les escapa el ser, reformulamos ahora la segunda razón que avizora al respecto Gilson.

Su mirada se concentra aquí en el polo opuesto al objeto de la metafísica, la inteligencia. Lo resume con la siguiente explicación.

Tomando del ente la parte por el todo, la inteligencia metafísica es muy proclive a reposar en la esencia, o en alguna de sus propiedades, ya que la esencia, por su acto formal, habilita por la aprehensión lo conceptualizable del ente y su definición. Tendencia reiterada, según constata nuestro autor a lo largo del tiempo, con serias consecuencias, pero que signan severamente nuestro hoy. Por nombrar al menos dos de aquellas ya previstas incluso por el mismo Santo medieval, consisten en sustituir los individuos concretos existentes en su rica complejidad de principios constitutivos, por determinados conceptos abstractos o cuya realidad es del orden lógico, por veces inconexos, dicotómicos otras,

---

<sup>43</sup> Ibid.

<sup>44</sup> Ibid., 244.

<sup>45</sup> Cfr. en Santo Tomás, *Compendio de Teología* L I, c. 11, a. 20 y 21.

con la insoluble dificultad subsiguiente de no poder distinguir ambos órdenes en lo sucesivo, al reemplazar, eliminando así, aquel.

Desde un enfoque gnoseológico consecuente con dichos principios, subraya Gilson, lo correcto es distinguirlos, porque:

Un acto común en el orden de la intencionalidad no puede transformarse en un acto común en el orden de la existencia; presupone, por el contrario, dos existencias distintas; [la] actualidad común al sujeto y al objeto deja intacto el carácter puramente analógico de sus existencias subjetivas (...) No se trata de dos seres distintos que se conviertan en un *idem número*, sino únicamente de un ser, el del sujeto, que, gracias a su sensibilidad, participa de la actualidad de otro ser, sin que la existencia del sujeto pase a ser la del objeto, ni la del objeto pase a ser la del sujeto. La prueba es que la forma del objeto sigue siendo su forma, y que, si el conocimiento del uno por el otro es su acto común, es porque entre la forma del uno y la del otro hay ya identidad, no numérica, sino formal, *convenientia in forma*; [asimismo], para un escolástico, toda sustancia en cuanto tal es desconocida, porque es una cosa distinta de la suma de conceptos que nosotros sacamos de ella.<sup>46</sup>

Pero eso sucede repetitivo por diversas formulaciones metafísicas porque no le es tan sencillo al filósofo alcanzar a vislumbrar aquel otro principio, corazón mismo de la realidad, que trasciende la esencia en cuanto esencia, y que, sin embargo, porque la hace efectivamente existente, es clave de lo inteligible concebible en su profundidad actual, afirmado allende el concepto, por el juicio existencial.

Con referencia a este punto en particular de la cuestión, nuestro filósofo ofrece algunas aclaraciones que pueden colaborar para deslindar con mejor precisión aun lo concerniente a lo que se refiere con la concepción del primer principio de la metafísica. A tal efecto, lo primero que discrimina es el modo en que puede ser entendido lo que significa “concepción”, *conceptio* como sinónimo de concepto.

**a.** En un sentido amplio del término, “es cierto decir que, en el lenguaje de Santo Tomás, todo conocimiento es un concepto, incluso los verbos. Si el *esse* es un objeto de conocimiento, que indudablemente lo es, es conocido por vía de concepto (...) incluso un juicio es una ‘concepción’, luego es un *conceptum*”.<sup>47</sup>

**b.** Pero también cabe un sentido más restringido de concepto, más usual actualmente, que lo asocia propiamente a la aprehensión de esencias. Así

---

<sup>46</sup> Gilson, *El realismo metódico*, 95; 93; 123. En contrapartida, respecto del proceso metafísico de la modernidad, Gilson afirma: así se “envuelve a la filosofía en una serie inextricable de contradicciones internas que la conducen finalmente a un escepticismo, es decir, a un suicidio liberador”; “No es tan fácil prescindir de lo real, y tuvieron que pasar siglos antes de que al pensamiento se le ocurriera cometer tal suicidio”, *ibid.*, 83 y 166. Esta noción de ente implica que “conocer el ser no es igual a hacerse ser, ya que jamás el conocimiento será o puede ser el mismo ser con el que y en el que, constantemente se encuentra (...) puesto que el conocimiento que un hombre tiene (...) jamás agota aquello que es”, Avellaneda, *Meditación acerca de los seres naturales*, 55.

<sup>47</sup> Gilson, *El ser y los filósofos*, 327.

entendido, cuando se procura recobrar la noción tomista de ente, como compuesto de esencia y de un *aliquid*, un otro que la esencia, no podría decirse concepto del *actus essendi*. Y en ese sentido, Gilson señala como inconcebible el *esse*, pues no siendo una esencia, no puede ser captado por un concepto. “Naturalmente, esto no le impide ser un objeto de ‘concepción’. De otro modo, ¿cómo se lo podría conocer? Pero no puede ser conocido por la simple aprehensión conceptual de una esencia, que él no es”.<sup>48</sup>

c. Similar aclaración vale para la predicación del *esse*. Pues el existir se puede predicar, pero no puede ser entendido como una predicación del orden esencial.

Santo Tomás ha distinguido tres significados fundamentales del *esse*: en primer lugar, ‘*ipsa quidditas vel natura rei*’, en cuanto significa por su definición; en segundo lugar, el acto mismo de la esencia (*ipse actus essentiae*), que es su contribución decisiva a la metafísica del ente, y en tercer lugar, la cópula que significa la composición o división en los juicios. El primero y el segundo *esse* son reales; el tercero no señala algo que exista en la naturaleza real, sino sólo en el intelecto uniendo o dividiendo nuestro concepto de las naturalezas de las cosas.<sup>49</sup>

Conforme este uso lógico, *est* no significa lo mismo, pues como cópula, es uno con el predicado conocido por un concepto. La cuestión es lograr determinar la naturaleza del conocimiento de lo que predica el *est* como tal. “Este no es ya un problema lógico; es un problema noético y metafísico, porque se trata de la naturaleza del ente y de nuestro conocimiento de ella”.<sup>50</sup>

Lo que más importa al metafísico sobre el ente, a diferencia del lógico, no es que el ente tiene el predicado ser, sino que *est*, es decir, es un ente, pues dice que hay en el ente, como acto de su esencia formal, “*aliquid fixum et quietum in ente*”,<sup>51</sup> es decir, el *esse* en virtud del cual es ente, puesto que fuera del ente no hay nada. Esto es,

(...) en la doctrina de Santo Tomás *ens* y *esse* son dos nociones inseparablemente relacionadas, porque ambas se refieren al mismo objeto. Es porque «tiene *esse*» por lo que una cosa es un *ens* (...) la simple aprehensión de un ente dado cualquiera implica la aprehensión de su *esse*, que será más adelante explicitado por medio del juicio (...) en el juicio «x es», [donde] *es* señala la existencia actual de x”.<sup>52</sup> “En nuestra interpretación, el verbo *es* significa, no el ente captado de un cierto modo, sino el *actus primus* del que Tomás de Aquino dice que convierte una esencia en un «ente» actual”.<sup>53</sup>

La fundamentación propia de la verdad de un juicio reside fundamentalmente en el juicio que dice que su objeto es o existe.<sup>54</sup>

<sup>48</sup> *Ibid.*, 329.

<sup>49</sup> *Ibid.*, 330. Cfr. Tomás de Aquino, *Comentario a las Sentencias* L I, d. 33, c. 1, a. 1, r. 1.

<sup>50</sup> Gilson, *El ser y los filósofos*, 331.

<sup>51</sup> Tomás de Aquino, *Suma Contra los Gentiles* I, c. 20.

<sup>52</sup> Gilson, *El ser y los filósofos*, 335.

<sup>53</sup> *Ibid.*

<sup>54</sup> Cfr. Tomás de Aquino, *Comentario a las Sentencias* L I, d. 19, c. 5, a. 1, r.

#### 4. Colofón

Según nuestra exposición, concluimos nuestro análisis con las reveladoras palabras del propio Gilson que traslucen la madurez de su espíritu contemplativo de la Sabiduría:

Cuando todo se ha dicho y hecho, el misterio permanece poco menos velado que al comienzo, porque está en el límite del mismo núcleo de la realidad. Esto es así siempre que está en juego el ser *en cuanto* ser; apenas hemos tocado la periferia cuando ya se hace sentir la presencia del misterio”.<sup>55</sup> “Ello lo hace el *ser*, y no puede hacerlo ninguna otra cosa. Santos, filósofos, científicos, artistas, artesanos, no hay dos hombres que sean idénticos, porque aún el más humilde de entre ellos es en última instancia su propio *ser*; aunque ninguno de ellos está realmente solo. Ser no es ser una soledad. Todo hombre puede participar del bien común de su especie, y nada de lo humano le es extraño. No, nada de lo que *es*, es extraño para él. Miembro de la hermandad universal del ser, puede experimentar en sí mismo que ser es *tender hacia*, y puede ver que todas las demás cosas están actuando con respecto a un cierto fin, un fin que es ciertamente el mismo en todos los casos, a saber, ser. Su fin está, pues, en su comienzo, y lo que es cierto de él sigue siendo cierto de todo lo demás. Todos los seres, desde los más elevados hasta los más humildes, son tan realmente distintos y en definitiva tan parecidos como los hijos de un mismo padre; pues, en efecto, todos ellos tienen un mismo Padre, y Él los ha hecho a todos a Su imagen y semejanza. Actúan porque son, y son porque Su nombre es *El que es*”.<sup>56</sup>

Por lo tanto “hay que pensar en consecuencia y decir lo que se piensa, tal como se piensa. Porque si es verdadero, es bueno decirlo. Filosofar no es ayudar a los demás a creer que piensan bien cuando piensan mal, y el peor método para sacarlos de su error es pretender compartirlo. Sólo hay una verdad, la misma para todos, y el bien supremo de todos los seres razonables es conocerla tal cual es. Cuando el filósofo ve, no puede sino inclinarse ante ella, pues tal es la sabiduría; y lo mejor que puede hacer por los demás es dársela tal como la ha encontrado, pues tal es la caridad”.<sup>57</sup>

#### Referencias

- Avellaneda, Blanca del Valle. *Meditación acerca de los seres naturales*. Córdoba: Ediciones del Copista, 2008.
- Avellaneda, Blanca del Valle. *Meditación cristiano-metafísica*. Córdoba: Ediciones del Copista, 2006.
- Echauri, Raúl. *El pensamiento de Étienne Gilson*. Pamplona: Eunsa, 1980.
- Gilson, Étienne. Diffusée le 24 nov., 1999, à 17h., Radio Ville Marie, Montréal; published in print as “Étienne Gilson”, in Jean Genest (ed.), *Penseurs et Apôtres du XXme. Siècle* Montréal: Fides, 2001.
- Gilson, Étienne. *Las constantes filosóficas del ser*. Traducido por J. R. Courrèges. Pamplona: Eunsa, 2005.
- Gilson, Étienne. “La inteligencia al servicio de Cristo Rey”, en *El amor a la sabiduría*. Buenos Aires: Ediciones Otium, 1979.

---

<sup>55</sup> Gilson, *Elementos de Filosofía Cristiana*, 125.

<sup>56</sup> Gilson, *El ser y los filósofos*, 276-277. Cfr. también Étienne Gilson, *El ser y la esencia*, trad. P. L. Sesma O.F.M.CAP. (Buenos Aires: Desclee de Brouwer, 1951).

<sup>57</sup> Gilson, *Realismo Tomista y crítica del conocimiento*, 207.

- Gilson, Étienne. *El Amor a la Sabiduría*. Buenos Aires: Ediciones Otium, 1979.
- Gilson, Étienne. “*Eléments d’une métaphysique thomiste de l’être*”, en *Archives d’histoire doctrinale et littéraire du moyen âge* 40. Paris: J. Vrin, 1973.
- Gilson, Étienne. *El Tomismo: Introducción a la filosofía de Santo Tomás de Aquino* 6° ed. Traducido por F. Múgica Martinena. Pamplona: Euns, 1978.
- Gilson, Étienne. “*Virtus essendi*”, en *Medieval Studies* 26, 1964.
- Gilson, Étienne. *El filósofo y la teología*. traducido por G. Torrente Ballester. Madrid: Guadarrama, 1962.
- Gilson, Étienne. *Elementos de Filosofía Cristiana*. Traducido por A. García-Arias. Madrid: Ediciones Rialp, 1970.
- Gilson, Étienne. *El Espíritu de la filosofía medieval*. Traducido por R. Anaya Buenos Aires: Emecé, 1952.
- Gilson, Étienne. “*Maimonide et la Philosophie de l’Exode*”, *Medieval Studies* 13. 1951.
- Gilson, Étienne. *El ser y la esencia*. Trad. por P. Leandro Sesma O.F.M.CAP. Buenos Aires: Desclee de Brouwer, 1951.
- Gilson, Étienne. *El ser y los filósofos*. Traducido por Santiago Fernández Burillo. Pamplona: Euns, 1979.
- Gilson, Étienne. *Realismo Tomista y crítica del conocimiento*. Traducido por Cristian Jacobo. Córdoba: Lectio – Alfa, 2023.
- Gilson, Étienne. *La unidad de la experiencia filosófica*. Traducido por C. A. Balañas Fernández. Madrid: Ediciones Rialp, 1960.
- Gilson, Étienne. *El realismo metódico*. Traducido por V. García Yebra. Madrid: Rialp, 1963.
- Gilson, Étienne. “*Un philosophe dans la cité. 1908-1943. Oeuvres Complètes*” I, textes présentes et annotés par Florian Michel. Paris: J. Vrin, 2019.
- Gilson, Étienne. “*Chesterton, le Moyen Âge et la Réforme*”, Sept, n° 3, 17 mars 1934, 3.
- Pérez, José Ramón. *Discurso del Método Medieval: Amor y Verdad II*. Córdoba: Ediciones del Copista, 2000.
- Pérez de Catalán, Patricia Carolina. “*El actus essendi en la doctrina de Santo Tomás según Étienne Gilson*”, *Cuadernillo XLVII Semana Tomista. Congreso Internacional: El legado de Tomás de Aquino a setecientos años de su canonización*, 47, (2023): 1-9
- Tomás de Aquino. *Compendio de Teología*. Traducido por J. I. Saranyana y J. Restrepo Escobar. Madrid: Ediciones Rialp, 1980.
- Tomás de Aquino. *Suma Teológica*. Traducido por L. Castellani S.J. Buenos Aires: Club de Lectores, 1988.
- Tomás de Aquino. *Suma Contra los Gentiles*. Traducido por Fr. J. M. Pla Castellano O.P. Madrid: BAC, 1970.
- Tomás de Aquino. *De Veritate*. Traducido por Humberto Giannini y Óscar Velásquez. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1996.
- Tomás de Aquino. *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo*, Edición de J. C. Cruz. Pamplona: Euns, 2004.
- Tomás de Aquino. “*Proemio*”, en *Del ente y de la esencia*. Traducido por Mons. L. Lituma P. y A Wagner de Reyna. Buenos Aires: Editorial Losada, 1940.
- Tomás de Aquino. *De los principios de la naturaleza*. Traducido por J. A. Míguez Buenos Aires: Ediciones Aguilar, 1977.
- Yaccuzzi, Nemesio Agustín. *Y Ustedes, ¿quién dicen que Yo Soy?: Una aproximación a la estructura metafísica de la persona de Jesucristo nuestro Señor*. Córdoba: Advocatus, 2020.



### **La autora**

Patricia Carolina Pérez de Catalán es Licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina). Profesora de Problemas del Conocimiento y Formas del Razonamiento Jurídico en la Universidad Nacional de Córdoba. Profesora de Introducción al Pensamiento Filosófico y Fundamentos del Pensamiento Filosófico en la Universidad de la Defensa Nacional. perezpc@hotmail.com